

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

La Novela Semanal Cinematográfica



EL VALLE
DEL SILENCIO

POR
Alma Rubens,
Lew Cody,
etc.

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléf. 4423 A.

El Valle del Silencio

Interesantísima producción americana interpretada por los célebres artistas

ALMA RUBENS, LEW CODY,

J. W. Johnston, Joseph King, George Nusch,
Mario Majeroni, etc.



Es una Producción PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE

PARAMOUNT FILMS, S. A.

(Antes SELECCINE, S. A.)

El valle del silencio

Argumento de la película

Jacques Radisson, un comerciante en pieles del Norte del Canadá, era conducido a toda prisa por sus perros para llegar a las colonias del Sur.

Iba sentado en su trineo, pasando por los helados paisajes de aquella tierra de nieve. El cielo estaba bajo y gris y los picachos de las altas montañas, flechas coronadas de blanco, parecían hundirse en la oscura capa del horizonte.

El trineo de Jacques se perdió en la lejanía como un punto negro destacándose en el sue-

Prohibida la reproducción
ilustrada
por la censura gubernativa.

lo blanquecino. No lejos de allí, vigilaba un encargado de hacer que las leyes fuesen respetadas; el sargento Kent, de la Policía Montada del Noroeste del Canadá, que iba en persecución de un indio ladrón de pieles.

El indio, que había dado muerte a un zorro de valiosa piel, esquivando la tenaz persecución de que era objeto, llegó al campamento habitado por una tribu de su raza.

Tembloroso se llegó al jefe, un viejo de color de bronce, y le dijo:

—Jefe, el sargento Kent me persigue, ¡y estoy desarmado!

—Eres un imprudente... y por tu culpa van a encerrarnos a todos... ¡Huye!

—No le diga usted mi rumbo...

—Descuida...

El ladrón prosiguió su camino y poco después el sargento Kent llegaba al campamento.

—Jefe—dijo—: un hombre de tu tribu acaba de robar pieles... Tú le tienes oculto...

—Hombre blanco—repuso el viejo con humildad—, los de mi tribu fueron siempre gentes honradas y de paz. Nada tenemos que ver con el ladrón... Yo os diré su camino; acaba de huir por ese bosque...

El sargento, contento por la delación, espoléó su animal hacia el lugar indicado. Descabía coger a ese redomado pillo que caía so-

bre el ganado apoderándose de las mejores pieles.

De pronto, vio llegar por el camino en dirección opuesta a un extraño personaje del Norte, un hombre misterioso, al cual los indios escuchaban con asombro, y del que se reían los blancos, por considerarle loco, no sin fundamento.

Era un hombre viejo, de barba cana, de ojos que brillaban siempre con siniestro temblor.

Kent detuvo su caballo.

—¿Habéis visto pasar a un indio por aquí?—le preguntó.

—Nada sé... El camino está solitario... ¡Yo, que soy la personificación de la justicia, afirmo que no hay deuda que no se pague!

El sargento se echó a reír. ¡Pobre loco!

—Muy bien, amigo; habláis como un oráculo...

—¡Je... je...! Hay que saber esperar...

Y sin mirarle prosiguió su camino, mientras Kent reía de buena gana. ¡Tipo original y extraño! Pero lo que le interesaba ahora era la caza del indio.

Media hora más tarde, después de infructuosa indagatoria, al entrar en un bosque de abetos, blancos por la nieve helada, sintió que las balas silbaban alrededor de su cuello y una

de ellas penetraba en su pecho, como el golpe de una piedra caliente.

¡Caraba! ¡Alguien atentaba contra él! Herido y sintiéndose desfallecer, tuvo energía para empuñar el revólver y vaciar sus cinco cápsulas contra el sitio de donde surgieron los disparos. Escuchó un grito, y un hombre que caía de un árbol se deslizaba hasta muy cerca de sus pies.

Acercóse al agresor. Era el ladrón de pieles. ¡Estaba muerto! ¡Ah, el malvado! Acababa de morir, pero su rifle había herido gravemente al sargento.

Notó Kent que le faltaban las fuerzas. Apoyándose en el caballo, siguió su camino buscando un sitio donde reposar, donde beber unas gotas de agua que apagarán la terrible sequedad de su garganta. Además su guerrera estaba empapada en sangre y se doblaba su cuerpo.

Poco después descubrió una cabaña, solitaria, perdida en el inmenso mar helado. Era propiedad de un cazador, Juan Barkley, a quien hacía tiempo se le señalaba como cómplice de contrabandistas y ladrones de pieles.

Tiróse del caballo y penetró en ella, tambaleándose. ¡No podía más! Ya en el interior un hombre le amenazó con un revólver. Pero

al ver al sargento, bajó el arma y fué cariñosamente a sostenerle.

—Jaime Kent!

Este, sentándose, le reconoció, a su vez.

—¿Tú aquí, Jacques Radisson! ¿Cuándo has llegado del Norte?

—Hace menos de una hora... Pero, hablemos de ti... ¿Vienes herido?...

—Sí, Jacques... Cuando estuve a punto de morir enterrado en la nieve, tú me salvaste la vida... Y me parece que vas a tener que salvármela otra vez...

—Eres un buen amigo mío... pero, veamos qué tienes...

¡Ay!, la herida parecía grave... Radisson se la lavó cuidadosamente, mas, de pronto, el sargento Kent dió un grito de terror.

—Un hombre muerto! ¿Qué significa esto?

Una sonrisa de amargura contrajo el rostro de Jacques Radisson. Y los dos contemplaron el cuerpo de un hombre que aparecía caído cerca de una mesa.

Kent se acercó, horrorizado.

—¿Es Jaime Barkley!—dijo. Pero, ¿quién le ha matado? ¿Lo sabes tú, Jacques?

Olvidaba su propio dolor para pensar en aquel descubrimiento. Una tremenda sospecha se clavó en su alma. Aquella era la cabaña de Barkley y éste había muerto, y Radisson se en-

contraba en ella. ¿Qué haría allí el comerciante de pieles? Kent sentía hacia Radisson una gran amistad, desde que cierta vez éste le salvara la vida, y ahora, temblaba por la suerte de su amigo... ¿Qué había pasado?

—Habla, Jacques Radisson — le dijo —. ¿Quién ha podido matar a ese hombre?

El comerciante miró con ojos tristes el cadáver de Barkley y agregó:

—No puedo hablar... Nada me preguntes... Ni siquiera a ti puedo decirte nada, Kent. Pero te juro que yo no le he matado y que, por el contrario, he hecho cuanto he podido para evitar su muerte... Pero, a pesar de la peña que me he dado, he llegado tarde.

Parecía conmovido; sus palabras tenían un acento noble, de sinceridad. El sargento creyó en él... Mas, ¿qué misterio encerraba aquel asesinato?

Entretanto, también en servicio de vigilancia, pasaba por aquellas cercanías el sargento Buck O'Connor, el mejor amigo y compañero de Jaime Kent. Vió el caballo de éste que rondaba desorientado y temió le hubiese ocurrido al finete alguna desgracia.

En su investigación llegó a la cabaña y penetró resueltamente en ella. Al ver a Kent herido, corrió hacia él.

—No es nada, O'Connor — le dijo Kent, son-

riente —: un ladrón de caballos ha disparado contra mí y me ha herido, pero yo lo he matado.

O'Connor, después de aconsejar a su amigo fuese inmediatamente al hospital, descubrió el cadáver de Barkley y junto a él a Jacques Radisson.

—¿Un crimen! ¿Cómo ha sido eso?

Acercóse para examinar al muerto y se volvió a levantar llevando en sus manos una trenza de pelo negro.

—Ese hombre ha sido estrangulado — murmuró —. ¿Y con una trenza de mujer!

Kent y Radisson se miraron con asombro. ¡Horrible misterio!

—Le han matado de la misma manera que mataron a Culter en el río — agregó O'Connor —. ¿Qué opinas tú de esto, Radisson?

Contemplaba duramente al comerciante a quien los indicios acusaban. La voz del sargento era vibrante y amenazadora como si hubiera hallado ya al verdadero culpable.

Comprendiendo Kent la sospecha de su amigo, se apresuró a decir:

—O'Connor, estás completamente equivocado. Radisson no es capaz de hacer mal a nadie...

—Eso lo dirá la justicia. Radisson, sea lo

que fuere, vas a venir conmigo al puesto de guardia...

—Estoy a sus órdenes, pero yo no he cometido el crimen...

—Ya lo decidirá el comandante, ¡En marcha!

Después de acomodar a Kent en su caballo, todos emprendieron el regreso. Iban silenciosos, mudos, como actores de un drama encerrado en el más negro misterio... Unas horas después, llegaban al puesto militar.

Kent guardó inmediatamente cama mientras un soldado corría a advertir al médico. En la misma habitación estaban O'Connor y Radisson con el comandante Kedsty.

El comandante era hombre duro sobre cuyos hombros pesaba la carga de vigilar una muy considerable extensión de terreno.

Radisson, sentado en un rincón, aguardaba la decisión del jefe. ¿Qué iban a hacer con él?

El doctor, después de un minucioso examen del herido, habló:

—Estoy seguro de que la bala ha lesionado el músculo cardíaco. No creo que tenga vida para muchos días.

Kent, que a pesar de un aparente desmayo oía perfectamente, se estremeció al escuchar la sentencia del médico. ¡Morir!

O'Connor parecía conmovido. ¡Ah, maldito

ladrón de pieles! También Radisson se estremeció al considerar el próximo fin del sargento.

—Mi comandante — dijo al cabo de unos momentos O'Connor—, ¿Y qué hacemos de ese hombre?

Señaló a Jacques Radisson.

—¿Dónde le habéis encontrado? — preguntó el jefe.

—Estaba en la cabaña cuando descubrí a Barkley estrangulado en la misma forma que Cular, con una trenza de mujer... Se niega a declarar.

El comandante se estremeció. Sus ojos adquirieron una actitud de espanto.

—¿Cómo se llama usted? — preguntó finalmente.

—Jacques Radisson. Supongo que mi apellido no le es desconocido a usted.

El militar, furioso, con expresión insolente, gritó:

—Encierre usted inmediatamente a este hombre... ¡El asesino!

Hizo O'Connor lo que se le ordenaba, encerrando en el calabozo a Radisson. Después volvió al lado del comandante.

Kent había escuchado aquella orden de detención. Estaba seguro de que su amigo era inocente. Y viéndose a las puertas de la muer-

te, imaginó, de pronto, un medio de pagar la deuda de gratitud contraída con el hombre que en una ocasión le salvó la vida. Él iba a morir pronto, bien claramente lo había expresado el médico; pues, entonces, ¿por qué no sacrificarse por Radisson? Estaba seguro, además, de su inocencia.

Pidió papel y lápiz y sentándose en la cama, escribió:

Yo, Jaime Kent, confieso haber matado a Juan Barkley y aseguro que Jacques Radisson es inocente. Esta confesión la hago porque se me ha dicho que no me quedan más que unos días de vida.

El comandante y O'Connor leyeron, sorprendidos, el documento.

—¿Podrán ahora inmediatamente en libertad a Jacques Radisson? — dijo el herido.

—Sí, pero, Kent, me parece que eres un embustero — respondió el comandante. — Tú no has dado muerte a ese hombre...

Perfectamente, pero Jacques Radisson no mató a Barkley, y he confesado que yo lo maté.

El comandante, muy preocupado, guardó el documento en el bolsillo. Todo parecía extraño en aquel asunto. O'Connor murmuró junto a su amigo:

—Jaime, tú no mataste a Barkley... ¿Por

qué confiesas que has realizado ese crimen? ¿No alivias la gravedad de tu determinación?

—Lo he confesado y no hay para qué hablar más de ello. Además, voy a morir.

—No... no...

Apesadumbrado por lo que ocurría, O'Connor quedó paseando en silencio. Y luego con el comandante Kedsty salió a dar la acostumbrada ronda.

Cerca de la casa, se toparon con el extraño loco que ya había hallado el sargento Kent.

Miró a los dos hombres y estallando en una gran carcajada exclamó:

—¡Yo soy la Justicia! ¡Quita a hierro mata, a hierro muere!...

Los militares le contemplaron con extrañeza. ¿Qué loco! ¿Cómo no lo encerraban?

Siguieron su camino. Y a lo lejos escucharon aún la voz del raro demante.

—¡Yo soy la justicia... la justicia! Quién a hierro mata...

Del misterioso Valle del Silencio, allá en el extremo Norte, llegó, al siguiente día, Mariett siguiendo de cerca los pasos de Jacques Radisson.

Era una mujer joven, bella, con los ojos llenos de una extraña inquietud. Dedicada, como si de antemano tuviera convenido exactamente su plan, entró tranquilamente en la casa que habitaba el comandante Kedsty.

Hallábase el militar acompañado de O'Connor, cuando apareció aquella extraña mujer.

—Buenos días, señores — dijo la desconocida, con fría sonrisa — Es usted el comandante Kedsty, ¿no es eso? Vengo a quedarme en esta casa para tener el honor de ser su huésped.

Y sin otras explicaciones, quitóse el abrigo y fué a la chimenea a buscar el calor de la lumbre.

Los dos hombres contemplaron con extrañeza a aquella criatura que de tal modo se

comportaba. ¿Qué significaba su absurda actitud?

—Pero, ¿qué es esto? — interrogó con dureza



Del misterioso Valle del Silencio... llegó al siguiente día, Mariett...

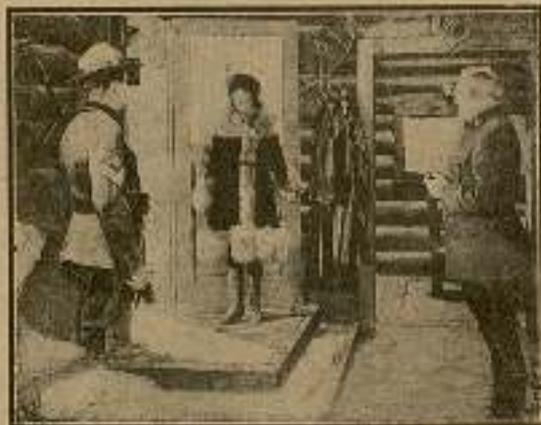
za el comandante—. ¡Usted no puede quedarse aquí!

La muchacha se levantó y dijo, con sonrisa turbadora:

—Es posible que tenga usted razón, señor

comandante. Pero, a pesar de ello, me quedo. Usted me lo agradecerá...

Y acercándose con cautela, de modo que



...apareció aquella extraña mujer.

Únicamente el jefe pudiera escuchar sus palabras, dijo en voz muy queda:

—He venido a advertirle a usted que corre peligro de caer como los otros dos.

Kedsty se estremeció. Quiso sonreír, pero su gesto tuvo una mueca de espanto. Repen-

tinamente, sus ojos parecieron nublarse con una misteriosa sombra.

O'Connor, a cierta distancia, no comprendía la extraña turbación del comandante.



—¿Usted no puede quedarse aquí!

Mariett cogió, distraída, un libro, y en una página escribió tres nombres:

Culter.

Barkley.

Kedsty.

El militar le arrebató el libro y rompió, después de leerla, la hoja de la inscripción. Parecía anonadado, como si pesara sobre él una gravísima preocupación.

Mariett le hizo un signo de inteligencia y luego le dijo:

—Ponga usted en libertad a Jacques Radisson...

Kedsty guardó unos minutos de silencio y luego, dirigiéndose a O'Connor, exclamó:

—Como el sargento Kent se ha declarado autor del crimen, deje libre a Jacques Radisson y dígame que se marche de aquí cuanto antes.

—Gracias, comandante — dijo Mariett.

O'Connor marchó muy precipitado a cumplir la orden. Adivinaba en todo ello algún grave misterio en el que no parecía ajeno su superior.

Pocos momentos después que O'Connor abandonaba Mariett la casa, luego de despedirse del militar hasta la noche.

Aquella misma tarde, el doctor hizo un descubrimiento. Examinó largo rato al sargento Kent, lo auscultó y levantóse con aire de duda.

Kent encontrábase mucho mejor. A la postulación de los primeros momentos, había sucedido una poderosa reacción, un ansia de vida que vibraba en sus venas. Sentíase alejado

de la muerte como si ésta, después de rondar en torno de él, le rechazara, no queriendo clavar sus garras en su pulpa juvenil.

Contempló el sargento el rostro grave del doctor, y entre risueño y enfadado le dijo:

—Doctor, me parece que me está usted engañando. Hace pocos días me dijo usted que tenía lesionado el corazón y que mi muerte estaba próxima...

—Así lo creía... pero... va resultando lo contrario.

Una sonrisa de gozo se retrató en el semblante de Kent. ¡Vivir! ¡La mayor alegría! Pero un pensamiento tenaz le afligió con golpe de martillo. La vida para él significaba una responsabilidad gravísima; había confesado ser autor de un asesinato y aquella declaración espontánea y libre podía también llevarle a la muerte y a las deshonrosas circunstancias de la pena capital.

La llegada de su íntimo amigo O'Connor le apartó de sus meditaciones.

—Kent, no entiendo lo que pasa — dijo el recién venido—. Una misteriosa muchacha se hospeda en casa del comandante. Y desde que ella está allí, la conducta de Kedsty no puede ser más misteriosa... Ha desaparecido de sus actos la tranquilidad, parece que tema algo.

se halla siempre en acecho, adopta singulares precauciones.

Le refirió minuciosamente lo que sucedía.

—Es bien extraño todo eso. ¿Y es guapo la muchacha?

—Me gustaría que la conocieses. Un primor...

Como si estas palabras fueran su anuncio, la puerta se abrió y en su dintel apareció una figura de mujer, blanca y de grandes ojos negros, que sonreía.

Estuvo un momento parada, como si no se atreviese a franquear la habitación, pero luego penetró decidida y resuelta:

—No quería dejar de saludar al hombre que se condenó a sí mismo por salvar a un amigo — dijo, tendiéndole la mano—. Cuando con el señor O'Connor fuimos a libertar a Radisson, él me explicó la noble conducta de usted... Es admirable su acción.

Estrechaba fuertemente la mano del sargento y sus ojos se clavaban en los del herido con suave mirada de caricia.

Kent intentó protestar:

—Gracias, señorita, pero O'Connor no le ha dicho la verdad...

—Pienso que sí... — dijo el aludido.

—No le crea. Verá usted...

Sintióse acariciado por el dulce mirar de la

desconocida y su corazón palpito con desasosiego. ¡Oh! ¿qué tenía? Un alivio, una sensación desconocida.

—No diga usted nada — interrumpió la jo-



—*Sé que usted no mató a Juan Barkley...*

ven—. *Sé que usted no mató a Juan Barkley...*

—*Señorita...*

—*Yo sé quien fué el autor de su muerte...*

Hablaba con sinceridad, haciendo aquella afirmación como el que está bien convencido de ella.

Kent, intimamente turbado, intentó disimular.

—Pero, ¿no es posible librarse de que le tilden a uno de embustero ni confesándose autor de un crimen?



—Pero, ¿no es posible librarse de que le tilden a uno de embustero ni confesándose autor de un crimen?

—¿Qué gran hombre es usted, sargento!... Su sacrificio es digno de pasar a la historia... Pero yo he venido para salvarle... Ya no son menester las grandes acciones heroicas...

Mientras esta conversación tenía lugar, el médico había visitado en su casa al comandante Kestey.

—¡efe, confieso que me equivoqué — dijo humildemente — y lo mejor que puedo hacer es declararlo sinceramente.

—¿Qué ha ocurrido?

—Que el sargento Kent está salvo... y como frunció aquella declaración...

Visiblemente preocupado, el comandante meditó unos momentos.

—Es una gran contrariedad — exclamó al cabo —, pero si él se ha reconocido autor del crimen, tendrá que pagar su culpa... Váyas a verle, doctor...

Los dos emprendieron el camino de la enfermería...

Todavía duraba la entrevista de Mariett con Kent. Este sostenía con vehemencia su culpabilidad. Pero iba sintiéndose aplacado por las cariñosas palabras de su nueva amiga.

—Ha hecho usted mal en mentir, mis confieso que me ha entusiasmado su lealtad de amigo...

—Pero, ¿usted quién es para interesarse por mí, para... y perdone... exigir su estancia en el domicilio del comandante?

—¿Yo? No quiera saberlo. Quizás algún día se entere usted de todo... Escúcheme... Tengo

un acuerdo con la Muerte, y con el Infierno me convenía...

Se había levantado y paseaba, ahora, su arrogante figura por la sala. Era guapa, fuerte, tenía el aspecto de una de esas grandes mujeres inflamadas por una pasión o un ideal... Sus ojos eran los dos portillos de luz que ocultaban el secreto del pensamiento...

Abrióse la puerta y entraron el comandante Kedsty y el médico. El primero miró, arqueando las cejas, a su huésped. ¿Qué hacía allí? Mas, impulsado por el poderoso respeto que tenía a la joven, no se atrevió a preguntar.

El doctor, después de examinar de nuevo minuciosamente al herido, le dijo:

—Kent, ahora sí que puedo decirte con toda verdad que tu vida está en salvo... No existe lesión... Tu curación es cosa de horas...

El convencimiento de que iba a vivir, dio miedo al muchacho. Incorporóse en el lecho y sonrió.

—Vamos, doctor, ¿quiere usted hacer el favor de no burlarse de mí?

O'Connor intervino y aclaró con cariño al ver restablecido a su compañero:

—El doctor no se burla de ti, Jaime. Lo que quiere decirte es que se había equivocado y que no vas a morirte como creyó en un principio...

—¡Vivir! ¡Qué suerte! — exclamó Mariett.

Pero Kent no pareció ser de la misma opinión. Se dejó caer, desalentado, sobre la almohada, y una nube de pensamientos tristes flotó ante su cerebro. Iba a vivir y tenía firmada una declaración a la muerte.

El comandante Kedsty con aire triste, pero sereno, dijo a Kent:

—Kent, tengo el deber de recordarle que se confesó usted autor de un crimen...

Los ojos de Mariett brillaron como un resplandor de agresión. ¡Mentira! También el sargento cubrió la cabeza con las manos, anonadado por la responsabilidad. O'Connor quiso defender a su amigo:

—Usted sabe que Kent es inocente. Usted mismo le llamó embustero.

—Es verdad... Pero su confesión consta ya en los libros oficiales del cuerpo. Hay que afrontar ahora todas las consecuencias de aquel acto. Lo siento, pero nos expondríamos a sufrir todos una durísima sanción.

Kent protestó débilmente:

—Mi comandante, usted sabe que yo no soy capaz de matar a un hombre de esta manera.

—Mi opinión personal no tiene nada que ver en este caso. La ley es la ley.

Luego, dirigiéndose a O'Connor ordenó:

—Como Kent está ya restablecido, le arresta usted, y le encierra esta misma tarde en el calabozo...

O'Connor se inclinó, disciplinado, rígido. Tener que detener a su mejor amigo... Y sabiendo su inocencia!... Pero era la ley...

Mariett, silenciosamente, abrió la puerta y desapareció...

—Oh, esa mujer! — murmuró el jefe.

Y luego, salió, bajo el peso de una preocupación.

—Ya ves — murmuró tristemente O'Connor —, debo conducirte al calabozo...

—No sufras por eso... Tú cumples con tu deber...

Y tendió la mano a su viejo amigo.

Aquella noche estalló una gran tormenta de lluvia en la región. El sargento Kent había sido conducido al calabozo por su amigo O'Connor.

En uno de los departamentos de la prisión estaban O'Connor, un condestable que se encargaría de conducir al siguiente día a Kent a un puesto militar donde tendría que ser juzgado, y el guardián de la prisión.

Cerca de allí, en una de las celdas, estaba encerrado el sargento Kent, pensando en las consecuencias de su acto. No sentía haber realizado aquella nobilísima acción, de pagar su gratitud hacia el hombre que le había salvado una vez la vida; lo que lamentaba era no haber muerto de sus heridas. Quería el destino tal vez prolongar su vida para terminarla de un modo afrentoso.

... ..

Era muy cerca de media noche cuando llamó a la prisión Mariett, la joven que se hospedaba en casa del comandante.

O'Connor dijo, sonriente—. le agradecería me permitiese hablar un momento con Kent... El pobre debe estar tan aburrido...

El muchacho no supo negarse a la cariñosa súplica de aquella criatura.

—Pase... pase usted... aquí, a la derecha...

La muchacha avanzó y los tres hombres, sentados junto a una mesa, siguieron fumando y bebiendo.

Mas de pronto escuchóse un grito de terror, un alarido de pánico. Era una voz de mujer, alterada por el espanto, y que salía del aposento vecino donde estaba preso Kent.

Corrieron los tres hacia allí y la joven, señalando el interior de la celda, gritó:

—Ahí... ahí... vean ustedes...

Ellos miraron, intranquilos, sin descubrir otra cosa que a Kent que a través de las rejas les miraba con ademán tranquilo. ¿A qué venían aquellos gritos?

Una voz enérgica, de mujer, gritó tras ellos:

—¡Media vuelta, caballeros!

Volviéronse, en el acto e instintivamente sus brazos se levantaron al ver a Mariett que les amenazaba con un revólver.

—Bonita estratagema, ¿no? A ver — dijo Mariett, a uno de ellos que llevaba un manojo de llaves... ¡Abra usted la puerta!

Y señaló la de barrotes que guardaba la celda.

O'Connor intentó protestar:

—Señorita, por Dios, ¿qué hace usted?

—Usted no puede comprenderlo, señor... Y pocas palabras...

El carcelero, bajo la amenaza del arma, abrió la celda, y Kent sabó de ella, mirando a Mariett con ojos intrigados. ¿Aquella joven, su protectora?

—Y ahora — siguió diciendo la muchacha —, ustedes tres van a entrar en la celda...

—No... — respondió O'Connor.

—¿Cómo dice usted? Entre, o le mato...

Encañonaba su revólver y habla tal decisión en su actitud, que los tres soldados entraron en la celda. La misma Mariett cerró con llave.

Kent aparecía asustado. Miraba a Mariett y a O'Connor como si intentara disculparse de lo que sucedía allí. ¿El nada tenía que ver con todo aquello?

O'Connor, desde el interior de las rejas habló:

Bonita farfarronada, señorita... Pero me parece que le va a resultar a usted muy mal...

Eso ya lo veremos. Por de pronto, vengam sus pistolas...

Les obligó a desceñirse el cinturón y a entregarles sus armas.

—Y ahora... permanecerán ustedes ahí toda la noche, y cuidado con gritar... Estoy aliada con el infierno. Vamos, Kent...

El sargento se dejó conducir sin decir palabra... Era todo tan extraño en aquella luga... Pero había una mujer que se interesaba por él y lo arrojaba todo por salvarle...

Desaparecieron de la cárcel. Afuera, la lluvia caía con violencia primaveral. El suelo era un mar de fango; la nieve derretida, producía riachuelos de barro...

Bajo la racha de agua llegaron a casa del comandante Kedsty que se hallaba desierta.

—Kent, acérquese... caliéntese usted en la chimenea...

Ella misma encendió fuego, y los dos, transidos por la lluvia, lograron entrar en habitación.

Mas, de pronto, descubriendo Kent que se encontraba en casa del comandante, interrogó, temblando una celada:

—¿Por qué me ha traído usted aquí, señorita?

—Es el lugar más seguro. Kedsty no volverá en toda la noche, y su asistente se ha marchado... Conozco las costumbres del jefe... Podemos permanecer tranquilos...

Después subieron al primer piso, penetrando en una habitación.

—Este es mi buen refugio —dijo Mariett—, hasta mañana...

Intrigado por la actitud de su protectora, el sargento quiso saber:

—Señorita, ¿por qué hace usted todo esto por mí? ¿Quién es usted?

Una sonrisa se dibujó en la boca roja, grande y bella de la mujer.

—Por ahora sólo puedo decirle que me llamo Mariett y que vengo del Valle del Silencio...

—Oh, Mariett, quisiera expresarle mi gratitud...

—Calle, calle. Si algún día, aunque el viaje es largo y peligroso, puede usted llegar al Valle del Silencio, entonces le explicaré a usted lo extraño de mi conducta.

—¿Mariett... Mariett?

Suavemente le acarició una mano. Ella sonrió...

—Ahora le conviene descansar —murmuró, alejándose de él—. Al amanecer tendrá usted una lucha esperándole en el río.

Fue a salir de la habitación, pero él la detuvo:

—Y usted, ¿qué hace en esta casa? —preguntó.

—No está cumplida aún la misión que me trajo aquí... Deje usted que el tiempo pase, y algún día lo sabrá... Hoy por hoy, sólo quie-

to salvarle a usted... Para mí es un compromiso de honor... Jamás consentiré que el inocente sea condenado... Yo he de seguir aquí en esta casa... Usted marchará mañana...

—Pues no quiero marcharme... No me iré de aquí... ¡sin tí!...

Y besó su mano y quiso acercarle los labios. La gratitud se había convertido en una rosa de amor.

Ella sonrió con dulce emoción. ¡Le era simpático ese mozo de alma generosa! Pero no podían perder el tiempo discutiendo asuntos de amor cuando se trataba de algo tan grave como la libertad de Kent.

—Más tarde será cuestión de luchar de eso... Ahora le conviene el descanso.

—Pero yo no quiero dejarte... yo no puedo consentir que te quedes aquí. Van a detenerte, has puesto en libertad a un preso y te meterán en la cárcel.

—Por mí no te preocupes... A mí no me tocarán...

Escucharon ruidos de pasos en el piso inferior.

—¡Es él... el comandante! — murmuró Mariett.

Asomóse al rellano de la escalera y vió al militar que encendía, abajo, las luces.

—Y ¿qué vamos a hacer? — dijo Kent.



—Pues no quiero marcharme... ¡No me iré de aquí... sin tí!

—Aguarda aquí mientras yo averiguo si Kedsty se ha enterado de lo ocurrido en el calabozo...

—Pero, ¿y si sabe algo?

No pienses en eso... Ahora más que nunca me importa tu libertad... Prométeme que, suceda lo que suceda, no bajarás la escalera...

Kent, contra su voluntad, tuvo que prometer lo que ella quiso, y Mariett después de arreglarse ligeramente, bajó al piso inferior.

Sentado ante una mesa, se hallaba el comandante Kedsty.

—¡Hola, pequeña! — dijo con voz ronca, a verla aparecer.

Tenía ante sí una botella a medio apurar.

Había pasado la noche en cierto har va cuando copa tras copa e ignoraba por completo los acontecimientos de la prisión.

Mas la presencia de la extraña mujer y el alcohol que tenía en su cuerpo comenzaron a cegarle... Miró a Mariett, contempló sus labios frescos y encarnados y pensó en el gusto de fruta que debían tener.

Prendió en vano levantarse de la silla y barboteó:

—¿No le parece que se expone usted un poco... estando aquí sola conmigo?

Y rió con una gran risa brutal...

La muchacha respondióle tranquilamente:

—No me expongo tanto como lo que se expondría usted si no estuviera yo aquí...

—Eres valiente, amiga...

Después, Mariett se encerró en su cuarto. El comandante quiso incorporarse para seguirle, Mas no pudo...



—No me expongo tanto como lo que se expondría usted si no estuviera yo aquí...

Y mientras, en la habitación que Mariett le había destinado, Jaime Kent pasaba la noche en vela. Temía por su amiguita, deseando llegase cuanto antes el amanecer.

Afuera seguía cayendo la lluvia de modo interminable... Kent se asomó un momento a la ventana. Silencio absoluto; sólo el agua ca-



Mariett se encerró en su cuarto...

taba su sonata triste al chocar contra la acera. Vió pasar un hombre, el loco mendigo que hablaba solo y decía extrañas cosas.

Después cerró la ventana y, revolver en ma-

no, temeroso de que el comandante le sorprendiera, se dispuso a pasar así la noche.

Todo era quietud en el piso inferior. ¿Qué habría sucedido? Las horas pasaban lentas, inacabables...

Al amanecer creyó oír rumor de voces, cierto movimiento. Y se apresuró a bajar con cautela. Entró en el comedor y vió a Mariett, de pie, en actitud de éxtasis; con la mirada fija en un punto de la habitación.

Hacia el mismo sitio coincidieron los ojos de Kent y un espectáculo de horror le hizo instintivamente dar dos pasos atrás. Caído sobre una silla aparecía el cadáver del comandante Keelsty.

—¿Qué ha sido esto? — murmuró.

Mariett, tranquila, con los ojos dulces como si fueran un reflejo de su conciencia, dijo:

—No sé... Yo me he levantado para avisarte, cuando, al pasar, encontré muerto al comandante. No sé más...

Kent sintióse horrorizado. Notaba que le rodeaba el más absoluto misterio, algo fatal que le envolvía entre sus tentáculos como un pulpo. No podía adivinar lo que era.

Acercóse a reconocer el cadáver e hizo un gesto de asombro. ¿Dios! Keelsty aparecía as-

fixado teniendo en el cuello, a manera de dogal, una trenza de cabello negro.

Se apoderó de ella y la mostró a la joven que también se horrorizó.

—¡Una trenza de mujer! dijo el sargento—. ¡Culter! ¡Barkley! ¡Y ahora, Kedsty!

Notaba en aquella sucesión de crímenes la misma mano, una fuerza extraña que perseguía el mismo fin. ¡Ay! ¿quién habría dado muerte al comandante? La trenza del cabello era negra como los cabellos de Mariett, pero, ¿matar esta criatura? ¿Convertida esa bondadosa y dulce mujer en una criminal? ¿No era posible! Y en vano buscaba una huella de luz...

Mariett le miraba con miedo, sospechando lo que ocurría en la imaginación de su amigo. Pero su porte era sereno, su actitud franca y noble.

—¿Por qué no te vas? — le dijo de pronto ella. — ¿Por qué te quedas aquí? Se va haciendo de día y a esas horas se debe ya haber descubierto tu fuga...

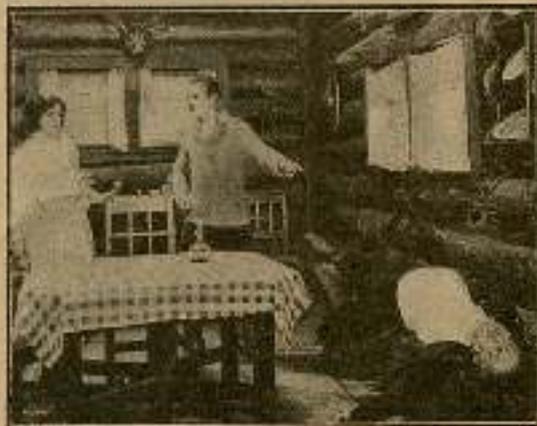
—No, no me iré mientras estés tú aquí... y ahora menos que nunca... ¿Dejarte yo entregada en pleno misterio, a que te acusen de un crimen? No puedo... No quiero marcharme sin ti...

Hablaba conmovido, queriendo apartar las

dudas sobre la culpabilidad de la joven, pensando en su cariño y en su bondad.

Mariett se acercó a su amigo:

—Kent — le dijo —, no quiero abandonarte... Pero antes debo decirte una cosa. Yo no



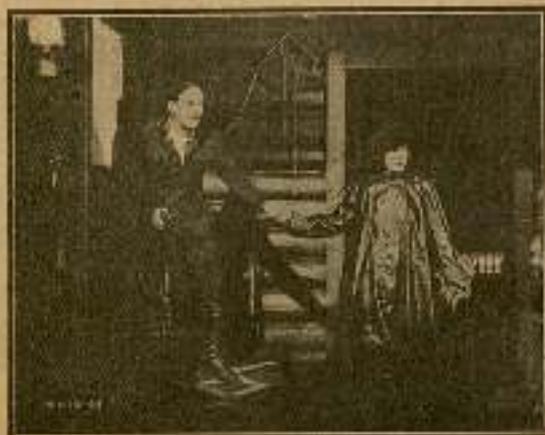
...yo no sé lo que haya podido ocurrir esta noche aquí...

he matado al comandante. Te lo juro... Dime, ¿tienes confianza en mí? ¿Crees en mí todavía?

Suplicaba llorosa, enternecida, próxima a llorar.

Kent recogió aquellas lágrimas que asomaban a sus ojos con un largo beso de amor.

—Sí, tengo confianza en ti y la tendré siempre... porque te quiero, Mariett.



Salieron por la parte posterior de la casa.

Permanecieron un momento abrazados, aturdidos... Después, él exclamó:

—Y ahora, huyamos... Yo no sé lo que haya podido ocurrir esta noche aquí, pero te creo...

—Quizás algún día lo sepamos — murmuró Mariett—. Mas no perdamos tiempo. Una lancha nos espera en la orilla del río...

—Sí, salgamos de esta tierra maldita, muy lejos...

—A la mía, Kent: A mi Valle del Silencio... donde los hombres no son lobos de los hombres.

Salieron por la parte posterior de la casa. Saltaron a una lancha y remaron hacia el centro del río...

A primeras horas de la mañana, cuando el soldado que debía relevar al de guardia entró en la cárcel, encontróse con la desagradable sorpresa de ver encarcelados a O'Connor y sus dos amigos.

Habían pasado una noche inabarcable entre rejas, maldiciendo a las mujeres, nuestras en la perfidia y el engaño.

—Corramos a comunicar al comandante Kedsty lo sucedido. Hay que detener a la muchacha y a Kent.

Al llegar a la casa el espanto se retrató en sus ojos al ver estrangulado al comandante. ¡Ah! ¿Qué había sucedido? Buscaron por todas las habitaciones. ¿Dónde estaría la mujer? Era necesario correr inmediatamente en busca de los fugitivos.

Un vecino dijo que acababa de ver al sargento Kent con una mujer.

—Sólo han podido huir por el río — dijo O'Connor—. Hemos de alcanzarles cueste lo

que cueste... Mucho me temo que esa mujer esté complicada en el asesinato del jefe.

Embarcaron en una lancha automovil que a toda marcha partió en dirección de los fugitivos. O'Connor sentíase dolorido por tener que realizar aquella especie de caza, pero el deber, el anhelo de prestar un servicio a la justicia, suprema diosa de todos sus actos, le obligaba, sin vacilar, en su empresa.

Pronto descubrieron a lo lejos la barca en que iban Mariett y Kent.

—Nos persiguen — dijo Mariett, dándose cuenta del rápido lanchón que avanzaba.

—Si no ocurre un milagro, estamos perdidos...

Remaban desesperadamente, pero la lancha motora ganaba terreno en su constante avanzar.

De pronto, muy cerca, sonó un ruido majestuoso, el rumor de la cascada del diablo.

Las aguas del río iban a caer en torrente formando una catataca impetuosa. La muerte era segura de ser engullido por ella.

Dándose cuenta del peligro, Kent explicó:

—No podemos continuar en la lancha. Tenemos que echarnos al agua y llegar a nado a la orilla antes de que ellos nos vean...

Se tiraron al agua, ya muy cerca del borde del terrible remolino. La barca en que ha-

bían ido prosiguió su rumbo, impulsada por la corriente.

O'Connor, al ver la situación de la embarcación contraria, dijo a sus acompañantes:

—Van a morir. Están perdidos...

La barca, rápidamente, desapareció tragada por el terrible remolino de las aguas.

—Es inútil continuar — agregó O'Connor —. Se los ha tragado el torrente.

Se hallaba alertado, lamentando el mal fin de su amigo.

Volvieron rumbo... Pasaron muy cerca de donde estaban Kent y la joven, agazapados bajo unas rocas que se alzaban en medio del río... Pero nada vieron, doleridos por la desaparición de Kent cuya amistad recordaban todos con fruición.

Al verles desaparecer, el sargento y Mariett ganaron a nado la orilla, descansando allí breves momentos, extenuados por el cansancio.

—Nos hemos salvado por el momento, pero tendremos de poner mucha tierra por medio... Hay que andar mucho...

—Sí, sí — dijo ella —. Hacia el Valle... allí estaremos seguros...

Auduvieron unas horas camino del Valle. Silencioso, hacia el Norte. Descansaron por la noche en un refugio al pie de grandes montañas.

Un campesino les hizo observar que no podían cruzar directamente el enorme Ventisquero del Gigante que conducía al valle.

—Han de ir ustedes por el camino de la cañada, aunque es muy largo; pero en esta época de deshielo, no se puede cruzar el ventisquero... Cuando menos se lo espera uno, se abren en él terribles grietas... Es ir a la muerte intentar escalarlo.

—Pero perdemos tanto camino si no lo hacemos...

—Jaine, tenemos que arriesgarnos — dijo ella, valerosa —. Si vamos por el camino de la cañada nos alcanzarán con toda seguridad.

—Pero, ¿tienes coraje para sufrir tantos peligros?

—Sí... sí... ahora me daría miedo que me cogiesen...

—Pues, entonces, ánimo... y a avanzar.

—Que tengan ustedes buena suerte, señoritos — les dijo el aldeano.

Con provisiones, llevando algunas cuerdas para las difíciles ascensiones que iban a emprender, comenzaron una mañana la marcha.

Apenas hacía sol; toda la tierra estaba llena de nieve de formidable espesor. Procuraban animarse mutuamente con el entusiasmo de ir en busca de la libertad. Eran como dos sombras.

negras sobre la sábana blanca, helada, de la montaña.

Y entretanto, mientras pesadamente iban escalando altas cumbres, allá, en el cuartel militar llegaban noticias de los fugitivos. Les habían descubierto al dirigirse hacia el Valle del Silencio.

O'Connor dudó de la verdad de esta noticia. El había visto hundirse la barca en el torrente, sorbida por el remolino furioso del oleaje.

— Se equivocan. Kent y la mujer no viven ya...

— Viven, O'Connor, y hay que cerciorarse de ello — dijo un oficial que había sido puesto en sustitución del asesinado comandante —. Por de pronto les han visto dirigirse hacia el Valle del Silencio. Tratan de ir cruzando la cordillera por el Ventisquero de Gigante.

— ¡El Ventisquero del Gigante! — dijo O'Connor —. Intentar atravesarlo en esta época del año, es lanzarse a una muerte cierta...

— Pues ellos van hacia allí; ¡Y es necesario encontrarlos vivos o muertos! O'Connor, Kent era su mejor amigo, pero tiene usted que cumplir con su deber.

El soldado vació unos momentos. Sentía sobre sí la inmensa pena de tener que ir en persecución de aquel caballeroso amigo que

él creía inocente. Pero sobreponiéndose a su dolor, con la serenidad del militar que ahoga sus más caros sentimientos en aras del deber, respondió:

— Sabré cumplir la orden. Traeré a Kent.

Y montando a caballo y seguido de otro guardia del puesto, comenzó a internarse por los caminos que conducían al terrible valle.

O'Connor, comprendiendo la imposibilidad de pasar por el ventisquero, decidió tomar el camino más largo alrededor del Gigante, esperando cogerle la delantera a Kent más allá de la cordillera.

Y lejos de su perseguidor, ya en pleno ventisquero, Kent y Marietti continuaban su penosa marcha.

Habían atravesado directamente aquel peligroso camino con el ánimo de ganar con más rapidez las tierras de más allá del valle. De dar la vuelta por las cordilleras, habrían perdido mucho terreno poniéndose en peligro de ser cazados por sus perseguidores.

Pasaron muchas horas antes de llegar a la cumbre del ventisquero. Tenían que atravesar caminitos estrechos, cercados entre insondables abismos, en cuyo fondo acechaba la Muerte con su mueca trágica.

De vez en cuando detenían su marcha, y

un buen sorbo de vino les daba fuerzas para proseguir la jornada.

—Ya estamos cerca, Mariett, ánimo...

Y los dos, muy juntos, dándose mutuo calor con el peso de sus cuerpos, iban avanzando de pie y a veces a gatas sobre la tierra resbaladiza y nevada. Nunca lograban llegar.

—¿Qué largo es el camino, Mariett mía! — dijo él.

—Pronto estaremos libres. Y entonces ya nada deberá preocuparnos...

Por fin, a media tarde, llegaron a la cumbre del ventisquero. Se sentaron, rendidos por la fatiga. Hallábanse ya a medio camino. Ahora descender por el lado opuesto de la enorme montaña, y el Valle del Silencio, lugar de paz y de amor, les acogería en su regazo.

—Buen merecer la pena de pasar tantas fatigas y tanto riesgo a cambio de la felicidad que nos espera al otro lado de estas montañas... — exclamó Kent.

—Sí, Jaime mío. Pero todavía hemos de caminar mucho y sufrir grandes peligros — dijo Mariett con voz grave—; si me ocurre una desgracia, prométeme que tú seguirás el camino del Valle del Silencio en el que estarás a salvo...

—Si a ti te ocurriese algo, yo moriría contigo...

—No, no, tú debes vivir... en el Valle te acogerían como un hijo...

Después de descansar brevemente, reanudaron el avance. A cada momento se acercaban a la tierra prometida. Mientras andaban, cogidos por una cuerda, iban contemplando el soberano espectáculo de la Naturaleza en la grandiosidad de los paisajes nevados...

Un sentimiento de terror les invadió al ver cerca de allí un desprendimiento de tierras. Enormes bloques de hielo, formidables masas, descendían como un alud, montaña abajo, triturándose al llegar al fondo de las simas.

—¡Morir aplastados de este modo! ¡Qué horror!

—Por suerte, la montaña que cruzamos parece segura...

Anduvieron largo rato, ahora en silencio, como si el cansancio les llenara de sopor. De scaban arribar cuanto antes al fin de la jornada. Les parecía que la Muerte iba siguiendo sus pasos ya en forma de una de aquellas grietas que se abrían en el camino, ya con la atracción que ejercen los fascinadores abismos.

Y de pronto, en uno de los estrechos senderos, bordeados de precipicios, ocurrió algo fatal; el accidente.

Mariett resbaló y perdiendo el equilibrio se

deslizó hacia una de las simas. Como sus manos estrechaban la cuerda que tenía cogida Kent por el otro extremo, quedó pendiente en uno de los bordes del fantástico barranco.

Ella dió un grito de terror, suspendida en el vacío, y Kent sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—¡Mariett! — gritó—. ¡No temas! ¡Voy a salvarte!

Con ayuda de la cuerda, comenzó a realizar sobrehumanos esfuerzos para librar a su amiga.

Iba retrocediendo, tirando de ella con formidable impulso, deseando ver aparecer a Mariett en la superficie.

Estaba ya casi en salvo la muchacha, cuando la fatalidad que parecía perseguirles les castigó con un nuevo golpe.

La cuerda, rozando con una peña, fué desgajándose y de pronto se rompió, separando con sacudida formidable a los dos amigos.

Se escucharon dos gritos, dos sollozos desgarradores que se perdieron en la paz blanca del crepúsculo.

Mariett volvió a caer y Kent resbaló hacia la parte opuesta de la montaña, chocando duramente contra los salientes de las rocas.

Una barrera de montañas les separaba. Cada uno había caído en el fondo de un precipicio.

pero distanciados por la masa formidable del monte. Tal vez no se viesan más, ignorando cada uno el destino de su compañero.

Mariett, acostumbrada a las difíciles ascensiones por la áspera Naturaleza, no perdió la serenidad. Logró levantarse y continuo lenta su camino, vagando con cierta desorientación. ¡Ay!, ¿dónde estaría Kent? Por encima de su propia situación temía por el destino del ser amado. Quizás hubiese muerto, tal vez estaría ya sin vida en el fondo de una de aquellas misteriosas honduras.

—¡Jaime! ¡Jaime! — comenzó a gritar.

Y solo el eco, agrandado por la distancia, respondía a su grito de súplica.

Y a la otra parte del monte, Kent comenzaba su camino gritando, también desesperado:

—¡Mariett... Mariett!

Nada. Se sentía abandonado. ¡Ah! El propósito del sargento fué el de dirigirse inmediatamente al Valle del Silencio, tal como había prometido a Mariett para organizar desde allí una expedición de socorro y correr en auxilio de la muchacha.

—¡Mariett, Mariett! — seguía gritando con la esperanza de verla aparecer entre la nieve de los caminos...

El eco hurlón respondía como una música irónica... Y el soldado sentía que la esperan-

za comenzaba a desvanecerse de su corazón.

La situación de la muchacha era todavía más desesperante. Jaime llevaba la cantimplora llena de agua y la mochila de las provisiones, con lo que podría resistir la soledad y el cansancio; mientras que ella, pobre mujer, carecía de todo alimento. ¿Dónde buscarlo en un país de nieve, inhabitado por toda civilización, en el que acechaban tal vez los blancos y feroces osos?

— ¡Jaime, Jaime...! — seguía llorando la infeliz.

Pero pronto se sobrepuso a su dolor. Era necesario llegar al Valle del Silencio. Con la esperanza de encontrar en él algún alimento, la hambrienta muchacha desafió a la muerte entre los riscos. Se moría de sed y seguía caminando ansiosa de llegar cuanto antes.

Siguió su camino llamando aún insistentemente a Kent y derramando lágrimas al convencerse de su soledad.

Mientras tanto, Kent, medio loco de pesar y extenuado por las privaciones, se adelantó por el camino que había de conducirle al Valle del Silencio.

Y después de una hora de continuar, cuando ya comprendía que las fuerzas iban a abandonarle, descubrió una cabaña cerca de unas grandes rocas.

El paisaje había perdido ya su imponente grandeza y la nieve derretida en algunos lugares dejaba ver aparecer las huellas de la vegetación.

Kent, a la vista de la cabaña, en cuya chimenea flotaba una nubecilla de humo, sintióse lleno de esperanza. No podía más. Necesitaba un lugar de descanso.

Y tambaleándose, penetró en ella. Pero sus ojos, al contemplar el interior, quedaron fijos por la sorpresa... Vió a Mariett y a un viejo...

Mariett habiéndose orientado en su camino hacia el Valle del Silencio se había detenido a descansar en la cabaña situada al borde de una cordillera.

Al ver abrirse la puerta y descubrir a Kent, corrió a él con los brazos abiertos.

Se abrazaron y besaron llorando con la dulce alegría de encontrarse después de la dolorosa separación.

El viejo, desde un rincón, sonreía a la tierna y emocionante escena.

Por fin, Jaime Kent, desprendiéndose dulcemente de los brazos de aquella muchacha, dirigió la vista hacia el viejo y su asombro fue extraordinario al reconocerle.

—¿Qué hace aquí ese hombre contigo? — preguntó.

El viejo era el extraño demente del que tantas veces Kent y sus amigos se habían reído al escucharle palabras extrañas. ¿Qué hacía allí aquel loco?

El semblante de Mariett adquirió un gesto triste y luego ella confesó:

—Kent, este hombre es mi padre. Le encontré aquí. La deliración le impide continuar el camino a nuestra casa...

—¿Tu padre? ¡Nunca lo hubiese sospechado! — exclamó Kent, sorprendido.

El viejo, caído en un rincón, sonreía... Sus ojos tenían, sin embargo, un resplandor agónico.

—Mariett — dijo el sargento, gravemente — Tú me ocultas algo... Aquí se encierra un gran misterio... Si quieres que yo tenga confianza en ti, has de explicármelo todo.

Pero esta vez alguien interrumpió la conversación, O'Connor y su acompañante, siguiendo su camino, habían llegado también frente a la cabaña, y al ver salir humo de la chimenea, sospecharon de que allí estuviese alguien oculto, y arma al brazo penetraron en la choza. ¡Demencia! ¡Buena caza! Allí estaban Kent, la muchacha y además aquel viejo loco... que quizás fuera su cómplice. ¡Buena caza!

La amenaza de los revólveres obligó a levantar a todos los brazos. Mariett dió un grito de rabia. Cuando se iba alejando el peligro, el maldito O'Connor les cogía.

O'Connor y Kent se contemplaron con cier-

ta simpatía ¡Habían sido compañeros durante tantos años!

—Kent murmuró tristemente O'Connor—, ¡Dios sabe cuánto me duele hacerlo, pero no tengo más remedio que llevarte al puesto!

Kent bajó la cabeza, monadado. ¡Qué hacer!

—¡Jaine Kent no es culpable! —gritó Mariett— ¡Yo sé que es inocente!

—Señorita, y a usted también me veo obligado a llevármela. Es la ley... Ella decidirá.

El viejo demente, levantándose penosamente, fué a decir algo:

—Señores, yo...

Mariett le puso la mano en los labios:

—Calla, por Dios...

—No, hija mía. Ha llegado el momento de hablar... Voy a demostrarle a usted, O'Connor, que Kent no es culpable... Yo, Pedro Radisson, lo afirmo...

La más grande sorpresa se pintó en los rostros de Kent y O'Connor. ¡Aquel sujeto extravagante tenía algún misterio que contar!

—Creo que he estado loco durante mucho tiempo —siguió diciendo el viejo—, pero me parece que acabo de recobrar la razón... Siento que voy a morir y quiero decir toda la verdad...

Todavía Mariett suplicó con atroz sufrimiento:

—Calla, papá, calla...

—No puedo, hija mía... Quiero descargar mi conciencia... Sentiría remordimiento si me marchara de ese mundo sabiendo que por mi culpa alguien padecerá. Ea, señores, yo soy el culpable de cuanto ha ocurrido...

Le escuchaban con profunda atención, seguros de que aque' misterio que les había envuelto durante tanto tiempo, iba a serles revelado. Sólo Mariett lloraba con desconsuelo terrible.

El viejo comenzó su relato:

—Yo soy hermano de Jacques Radisson, el comerciante en pieles del Norte que ustedes ya conocen... Mi hermano y yo nos establecimos en este país antes de que en él hubiese policía, hace muchos años... Yo vivía tranquilo con mi mujer y mi hija, hasta que un día...

Calló: se comprendía el esfuerzo que realizaba al evocar su pasado.

...un día al volver del trabajo, descubrimos a tres hombres de la comarca que salían a toda prisa de nuestra casa y montaban en sendos caballos. Los reconocí y sentí miedo. Eran Culter, Barkley y Kedstý... tres comerciantes de la región. Temiendo que hubieran cometido

alguna infamia, penetré precipitadamente en mi hogar y un cuadro de horror se ofreció a mi vista. Me habían robado todo mi dinero y, caída en tierra, bañada en un charco de sangre, estaba mi mujer, muerta por aquellos bandidos al oponerse a ser desvalijada... Mi hija lloraba en un rincón...

"Entonces juré vengarme..."

"Que la muerte los respere hasta que yo les encuentre! grité... y corté los cabellos de mi muerta con el propósito de extrangular con aquellas trenzas a mis enemigos".

La voz del viejo iba debilitándose por instantes. Parecía realizar un gran esfuerzo con esas evocaciones dolorosas. O'Connor y Kent escuchaban el relato con emoción. Aquellas palabras les aclaraban muchas cosas del pasado... Pero, ¿quién hubiera sospechado nunca aquello?

El padre de Mariett siguió su narración:

—El deseo de venganza y el recuerdo de aquellos tres malvados, fueron para mí, desde entonces, una idea fija. El dolor, el odio y el anhelo de lavar la ofensa, se apoderaron de mí y trastornaron mi razón. Esperé mucho tiempo, pero la persecución fué constante y tenaz... Al fin encontré al primero.

"Era Culter y le aguardé en su barca y allí le di muerte con una mata de caballo de mi

mujer... Ya tenía uno... E instigado por ese mismo odio, más tarde, encontrando en su cabaña a Jaime Barkley, le maté también por el mismo procedimiento. ¡Dos!... Iba viendo mi venganza cumplida...

"¡Ah, recuerdo que después de haber dado muerte a Barkley, encontré en el camino a usted, sargento Kent... bien lo recuerdo! Y usted se dirigió a la cabaña y descubrió allí a mi hermano Jacques. ¿No es eso?"

"Mi hermano me había seguido y había querido impedir la realización de mi crimen. Llegó demasiado tarde. Cuando apareció por la cabaña de Barkley, acababa yo de extrangular a ese malvado. ¡Je, je! Iban cayendo todos.

"Mi hija Mariett y mi hermano trataban de impedir que yo cometiera aquellos crímenes, pero no lo conseguían. Sabía adelantarme a ellos.

"Mi hija llegó al extremo de hospedarse en casa de Keady para protegerle, para defender al comandante del peligro, pero no le sirvió de nada... Aquella noche, cuando todos dormían en la casa, yo entré por la ventana y extrangué al comandante que estaba sentado ante una mesa bebiendo... Se marchó al infierno con varias copas de "whisky". ¡El caballo se fué divertido al otro barrio!

"Y he ahí todo, señores. Ahora, ya cum-

plida mi venganza, me marchaba a mi Valle del Silencio donde habitamos hace muchos años, pero Dios no lo ha querido... Me siento enfermo, voy a morir...'

Calló. Todos estaban pálidos por la emoción. El sargento Kent recordaba mentalmente el pasado, la vez que encontró al viejo por el camino poco antes de ir a la cabaña de Barkley; la noche del asesinato de Kestly en que le vió rondar por la calle... No podían ponerse en duda sus afirmaciones..

O'Connor, conmovido, tendió la mano a Kent.

—Kent... ya nada tienes que temer... Resplandece tu inocencia... Por fin hemos cogido al culpable...

El viejo, con un hilo de voz apenas perceptible, murmuró:

—¿Cogerme? ¡No!

Dobló la cabeza y quedó muerto.

Mariett se arrodilló a sus pies y lloró.

Al siguiente día, después de haber sido enterrado Pedro Radisson, el cabo O'Connor y su compañero emprendieron el viaje de retorno, luego de despedirse muy afectuosamente de Kent y Mariett.

Kent no quería volver al puesto militar. Había experimentado allí demasiadas emociones. Deseaba marchar al Valle del Silencio a vivir con Mariett a la que quería hacer su esposa.

Después de varios días de fatigosa marcha, los dos caminantes llegaron al Valle del Silencio.

Era un recodo de paz donde la Naturaleza alfombraba los campos con el abono primaveral de sus flores. Rodeándolo, enormes picachos coronados de nieve parecían querer llegar al sol.

—Esos son los vigilantes del Valle del Silencio — dijo Mariett — Me han guardado a mí toda la vida.

—Pues ahora nos guardarán a los dos — dijo él.

—Jaime, ¿me quieres mucho? ¿No me abandonarás nunca... aunque mi padre haya dado muerte a tres...?

El le cubrió la boca con un beso.



Desearía marchar al Valle del Silencio a vivir con Mariett...

—Calla, mujercita... No hablemos de él... Miremos al porvenir, fundemos una vida nueva... Te quiero, Mariett, te quiero...

Ella, entonces, le miró con ojos de ingenua.

—Jaime, El misionero debe estar ya en el Valle con mi tío Jacques que debe esperar-nos. ¿Comprendes?

—Pues... no perdamos tiempo, chiguilla. A casarnos y a amarnos mucho... y siempre...

Y siguieron su camino bajo el sol...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

HERENCIA DE MUERTE

por el simpático actor

ANTONIO MORENO

Sea usted coleccionista de

Las Grandes Películas

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

LEA USTED

la preciosa novela

¡ADIOS JUVENTUD!

por CARMEN BONI, ELENA SANGRO, etc.

EDICIONES ESPECIALES

OR

La Novela Semanal Cinematográfica

¡SIEMPRE LO MÁS GRANDE!

Retenga usted este título:

El amor de un soldado desconocido

(Manuscrito hallado en las trincheras)

